

Ministerio Palabras de Vida

*Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada
en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.
(2 Pedro III RV1960)*

Bienvenidos

P
de Vida

www.palabrasdevida.com

Estudio Bíblico (EB)

EL REY QUE NADIE ESPERABA

La verdad detrás de la entrada triunfal

"Por Daniela y Daniel Liandro | www.palabrasdevida.com"

SOBRE ESTE RECURSO:

Este Estudio Bíblico Avanzado (EBA) es un material de distribución gratuita provisto por el Ministerio Palabras de Vida. Desde el año 2000, servimos al Cuerpo de Cristo ofreciendo acompañamiento espiritual, capacitación de líderes y asesoramiento doctrinal fundamentado exclusivamente en la suficiencia de las Escrituras.

Nuestro anhelo es que esta lectura fortalezca tu fe, alivie la culpa que a veces cargamos en silencio y te acerque de manera renovada al corazón del Padre.

Conoce más de nuestros recursos y servicios en: palabrasdevida.com o [CLIC AQUÍ](#).

*“¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra?
Os digo: No, sino disensión.”*

— Lucas 12:51

RESUMEN EJECUTIVO

Este estudio examina la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén desde una perspectiva que la tradición popular rara vez muestra: *no como el evento que confirma lo que la multitud esperaba, sino como el momento en que el Rey real entró a una ciudad que aplaudía a un rey imaginado*. Combina investigación cronológica, exégesis bíblica y teología pastoral para responder una pregunta que la escena misma plantea sin aviso: *si fue un triunfo, ¿por qué Jesús lloró?*

Está especialmente dirigido a quienes sienten que la imagen popular de Jesús como rey de bonanza y paz externa no termina de cuadrar con lo que la Biblia realmente dice; a creyentes que quieren entender la tensión aparente entre *"Príncipe de Paz"* (Isaías 9:6) y *"No vine a traer paz sino espada"* (Mateo 10:34); y a todo aquel que alguna vez celebró el Domingo de Palmas sin terminar de entender qué estaba celebrando.

Al terminar este estudio, el lector encontrará la cronología precisa de cuándo ocurrió la entrada triunfal y su asombroso paralelismo con Éxodo 12:3; una descripción honesta de lo que la multitud realmente esperaba de ese Rey; y la clave teológica para entender cómo el mismo Señor que es Príncipe de Paz también produce conflicto, y por qué ambas cosas son parte de la misma y gloriosa verdad del evangelio.

Contenido

Contenido.....	3
INTRODUCCIÓN: EL REY QUE ENTRÓ LLORANDO.....	4
PUNTO I: EL DÍA QUE LA HISTORIA MALENTENDIÓ	5
1.1 La cronología que cambia nuestra perspectiva	5
1.2 El asombroso paralelo del 10 de Nisán	5
1.3 La intensidad de Jerusalén en tiempos de Pascua	6
PUNTO II: LA MULTITUD QUE GRITABA SIN ENTENDER	7
2.1 El verdadero significado de "Hosanna"	7
2.2 El mesianismo político del primer siglo.....	8
2.3 Palmas para un Rey desconocido	8
PUNTO III: EL PRÍNCIPE DE PAZ QUE PRODUCE CONFLICTO.....	9
3.1 La "espada" y la "disensión" de Jesús.....	9
3.2 Cuando los más cercanos tampoco entendían.....	10
3.3 Dos clases de paz: La paz con Dios vs. la ausencia de conflicto externo	11
PUNTO IV: EL PELIGRO DE APLAUDIR AL REY EQUIVOCADO	12
4.1 La tentación de construir un Jesús a nuestra medida	12
4.2 Tres principios para el "lunes siguiente"	13
4.3 La paz que el lunes no puede quitarnos	13
ACERCA DE PALABRAS DE VIDA	15

EL REY QUE NADIE ESPERABA:

INTRODUCCIÓN: EL REY QUE ENTRÓ Llorando

¿Cuántos de nosotros celebramos el Domingo de Palmas cada año sin detenernos a preguntarnos qué estaba pensando realmente esa multitud? Todos conocemos la escena de memoria. La hemos visto en representaciones, la hemos leído decenas de veces, y hasta hemos agitado nuestras propias ramas de olivo o palmera en nuestras congregaciones. Las ramas de palmera en el aire, los mantos de la gente extendidos sobre el camino polvoriento, los vítores y gritos de alegría que tronaban desde el gentío. Todo en ese cuadro parece indicar un triunfo absoluto y glorioso. Y, en cierto sentido, claro que lo era.

Pero si nos detenemos un momento y prestamos atención a un detalle que los evangelios registran sin ningún tipo de rodeos, algo en esa escena de celebración se vuelve totalmente inexplicable: *mientras toda la multitud gritaba de alegría a su alrededor, Jesús lloraba.*

Leamos juntos este momento desgarrador: "Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos." (Lucas 19:41-42).

¿Por qué lloraría alguien en medio de su propio desfile triunfal? ¿Por qué el rostro de Jesús está bañado en lágrimas mientras todos los demás están celebrando su llegada? Esa pregunta no tiene una respuesta sencilla, pero tiene una respuesta verdadera. Y es exactamente lo que necesitamos explorar juntos. No es que Jesús llorara porque algo en el plan salió mal. Al contrario, Él lloraba porque algo estaba saliendo exactamente como estaba previsto en la eternidad, pero la multitud que lo aplaudía no podía verlo. Ellos estaban celebrando al rey que ellos mismos habían imaginado en sus mentes. Estaban aclamando una victoria política y terrenal que ellos esperaban desesperadamente.

Pero el verdadero Rey, el Hijo de Dios, iba caminando directamente hacia algo que absolutamente nadie en ese inmenso gentío estaba dispuesto a aceptar: **una cruz**. Y seamos completamente honestos con nosotros mismos: *una cruz no es el símbolo por el que se le grita "Hosanna" a alguien que viene presentándose como rey.*

Para que este cuadro cobre todo su sentido, necesitamos entender el contexto profundo de lo que estaba sucediendo ese día. Necesitamos descubrir cuándo ocurrió realmente todo esto, qué entendía la multitud que agitaba aquellas palmas, y qué había dicho el propio Jesús sobre Su misión con una claridad que nadie parecía poder procesar. Cuando veamos esto, nos daremos cuenta de que lo que parece un simple malentendido del primer siglo, es en realidad un espejo directo para nuestros propios corazones hoy. Porque, la verdad sea dicha, **no vino a darnos lo que queríamos, sino lo que necesitábamos.**

PUNTO I: EL DÍA QUE LA HISTORIA MALENTENDIÓ

1.1 La cronología que cambia nuestra perspectiva

¿Y si el día que toda la tradición cristiana llama "Domingo de Palmas" en realidad no fue un domingo?

Sé que esto suena extraño al principio. Llevamos toda la vida celebrando un calendario específico. Pero antes de responder a esa pregunta, necesitamos establecer nuestro punto de partida y preguntarnos: *¿cuándo ocurrió realmente la crucifixión?* Porque es solamente desde ese punto que podemos calcular hacia atrás y descubrir cuándo fue exactamente la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén.

La tradición popular que todos conocemos ubica la crucifixión en el día viernes y la resurrección en el domingo. Pero el propio Jesús nos deja registrada una declaración que simplemente no podemos ignorar ni pasar por alto. Leamos lo que Él mismo dice: *"Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches."* (**Mateo 12:40**).

Hagamos la cuenta juntos. Un viernes al atardecer hasta un domingo de madrugada no suma, bajo ninguna perspectiva, tres días y tres noches. Apenas suma un día completo y un par de noches. La única manera matemática y literal de obtener tres días y tres noches completas —exactamente como Jesús mismo lo prometió— es ubicar la crucifixión en el día miércoles.

Pensemos en esto: si el miércoles al caer el sol comienza el primer día y la primera noche, el jueves marca el segundo, y el viernes el tercero. Entonces, el sábado al caer el sol —que es el inicio del primer día de la semana según el calendario hebreo antiguo— es el momento exacto en el que nuestro Señor resucitó. Y esta reconstrucción histórica nos explica un detalle fascinante: *por qué vemos que la Biblia habla de "sábados" en plural*. Ese año en particular hubo dos sábados consecutivos: el Gran Sábado de Fiesta o reposo solemne, y el sábado semanal ordinario.

Entonces, si la crucifixión fue el miércoles, *¿cuándo fue entonces la famosa entrada triunfal?* El apóstol Juan nos da la clave precisa: *"Seis días antes de la pascua, vino Jesús a Betania."* (**Juan 12:1**). Y luego añade: *"El siguiente día, grandes multitudes que habían venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a Jerusalén, tomaron ramas de palmeras y salieron a recibirle."* (**Juan 12:12**).

Usando la forma en que los hebreos contaban el tiempo —donde se incluía tanto el día de inicio como el de llegada—, seis días antes nos llevan al 9 de Nisán en el calendario judío. Por lo tanto, "el día siguiente", el día de la entrada triunfal entre palmas y gritos, fue exactamente el 10 de Nisán.

1.2 El asombroso paralelo del 10 de Nisán

¿Podría ser esto una simple coincidencia del calendario? De ninguna manera. Leamos juntos una instrucción que Dios había dado muchísimos siglos antes: *"Hablad a toda la congregación de Israel, diciendo: En el diez de este mes tomará*

cada uno para sí un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia." (Éxodo 12:3).

El 10 de Nisán no era un día cualquiera. Era, por un mandato divino irrompible establecido durante la liberación de Egipto, el día exacto en que cada familia de Israel debía apartar a su cordero pascual. Cuidado: *no era el día de sacrificarlo, era el día de apartarlo*. Debían separarlo cuidadosamente del resto de todo su rebaño, llevarlo a sus casas, y examinarlo minuciosamente durante cuatro días enteros para verificar y garantizar que no tuviera absolutamente ningún defecto. El sacrificio oficial sería el 14 de Nisán al caer el sol, pero el examen riguroso comenzaba indefectiblemente el día 10.

Sumerjémonos en la profundidad de esto que estamos descubriendo juntos. El mismo día, el momento exacto en que todo el pueblo de Israel comenzaba a apartar y examinar a sus corderos físicos para la fiesta, el Cordero de Dios, el definitivo, hacía su entrada solemne a la ciudad de Jerusalén.

Durante los cuatro días siguientes a esa entrada —esos días llenos de tensión donde vemos a Jesús debatiendo intensamente con los fariseos, respondiendo a los saduceos y confrontando a los escribas en el templo—, todos ellos buscaron desesperadamente alguna falta, algún defecto, alguna excusa para acusarlo. Pero el Cordero pascual divino estaba siendo inspeccionado por la nación entera. Y en cada intercambio de palabras, en cada trampa teológica o política que le tendieron y que no pudieron cerrar, quedaba demostrada una y otra vez la misma gloriosa verdad: *Él no tenía ningún defecto*.

No fue simplemente el drama humano de una multitud emocionada y confundida lo que definió ese momento histórico. Fue el calendario eterno y soberano de Dios, obrando con una precisión que verdaderamente nos deja sin palabras. La multitud creyó genuinamente que estaba coronando a un rey terrenal. Pero sin saberlo, estaban apartando al Cordero para el sacrificio.

1.3 La intensidad de Jerusalén en tiempos de Pascua

Para poder entender la intensidad abrumadora de lo que ocurrió esa mañana, necesitamos trasladarnos juntos en nuestra mente a la Jerusalén de aquel año.

La Pascua no era solo una festividad más; era la fiesta más importante y sagrada de todo el calendario judío. Pero, al mismo tiempo, era el momento más volátil y peligroso políticamente hablando. Imaginen la escena: la ciudad estaba a reventar. Los historiadores estiman que Jerusalén, una ciudad relativamente pequeña, podía llegar a recibir entre uno y dos millones de peregrinos durante esos días, una cifra que multiplicaba abrumadoramente su población normal.

Y los romanos, que ocupaban y gobernaban la tierra con mano de hierro, lo sabían perfectamente. Era exactamente durante la Pascua cuando el gobernador movilizaba tropas adicionales desde Cesarea hasta Jerusalén, porque la combinación de tantas multitudes apretadas, encendidas emocionalmente por la memoria histórica de cómo Dios los había liberado de Egipto, sumado a las fuertes expectativas de que un nuevo Mesías apareciera, era una mezcla literalmente explosiva.

William Barclay, uno de los teólogos y comentaristas más reconocidos, explica esta tensión maravillosamente. En su obra señala que: *"La emoción pascual era intensa; el pueblo recordaba la antigua liberación de Egipto y soñaba con una nueva liberación del Imperio Romano. Cualquier líder que apareciera en ese momento con señales de autoridad podía encender la chispa de una revuelta"* (William Barclay, El Evangelio de Marcos, Editorial Clie, 1970, p. 270).

Eso es exactamente, sin quitar ni poner una coma, lo que esa inmensa multitud estaba esperando. Y Jesús, en su omnisciencia, lo sabía perfectamente. Por eso Él no viajó en secreto. No se escabulló por una ruta alternativa ni entró a escondidas por la puerta de atrás. Él entró deliberadamente, a plena luz del día, en el momento preciso y exacto del calendario divino. Entró exactamente como el profeta lo había predicho seiscientos años antes: *"He aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna"* (**Zacarías 9:9**).

Él eligió ese día. Él eligió ese camino específico. Él eligió ese animal en particular. Y la multitud celebró con euforia al rey que ellos querían, estando completamente ciegos ante el Rey eterno que estaba justo frente a sus ojos. **No vino a darnos lo que queríamos, sino lo que necesitábamos.**

PUNTO II: LA MULTITUD QUE GRITABA SIN ENTENDER

2.1 El verdadero significado de "Hosanna"

¿Alguna vez nos hemos preguntado qué estaba pidiendo realmente esa inmensa cantidad de gente cuando gritaba la palabra "Hosanna"? A veces pensamos que es simplemente un equivalente antiguo a "Aleluya" o un grito genérico de alabanza que usamos en nuestras canciones. Pero su raíz es mucho más profunda e intensa.

Veamos el texto exacto que nos da el evangelista: *"Y los que iban delante, y los que venían detrás, gritaban, diciendo: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene! ¡Hosanna en las alturas!"* (**Marcos 11:9-10**).

En el idioma original, la palabra "Hosanna" proviene de una expresión hebrea, *hoshi'a na*, que se traduce de manera literal como "salva ahora" o "sálvanos, te ruego". En su contexto bíblico original —específicamente en el **Salmo 118:25**— era un clamor desesperado de súplica, dirigido directamente a Dios para que Él interviniera en situaciones de urgencia y crisis nacional. Para la época en la que Jesús entró a Jerusalén, esta frase había pasado a ser parte del uso litúrgico en las grandes fiestas, y se había convertido, a todos los efectos prácticos, en un grito de aclamación y expectativa mesiánica.

Pero no nos confundamos: *sus raíces en ese momento eran completamente políticas*. Era la petición urgente de liberación de un pueblo oprimido, clamando a un rey fuerte que venía a rescatarlos por la fuerza. Cuando esa inmensa multitud gritaba "Hosanna", no estaban simplemente adorando en un sentido espiritual. Estaban demandando. Le estaban diciendo a Jesús en su cara: *"Sálvanos ahora mismo. Haz lo que todos estamos esperando que hagas de una vez por todas. Sé el rey que nosotros necesitamos que seas"*.

2.2 El mesianismo político del primer siglo

Y tenemos que entender que el rey que ellos necesitaban, según el vocabulario y la mente colectiva del pueblo judío en ese primer siglo, tenía una definición extremadamente específica. La expectativa que el pueblo de Israel tenía sobre el Mesías en los tiempos de Jesús no era una expectativa espiritual en el sentido en que nosotros hoy lo entendemos. Era una expectativa cien por ciento política, militar y nacionalista.

Ellos esperaban que el Mesías fuera un nuevo y mejorado rey David. Esperaban a un guerrero feroz, a un rey conquistador que tuviera el poder de reunir a todas las doce tribus que estaban dispersas, que tomara la espada, expulsara a los romanos de su tierra, restaurara la soberanía absoluta de Israel y estableciera un reino terrenal de prosperidad económica y gloria nacional inigualable. Este era el molde, la estructura mental que todo el pueblo tenía grabada a fuego desde la infancia, reforzada semana a semana en las sinagogas por sus maestros, y alimentada por siglos de dolor y sufrimiento bajo el yugo de distintos imperios opresores.

Y si pensamos que esto era solo un error de la gente común, recordemos las propias palabras de los discípulos de Jesús. Incluso después de que Él ya había resucitado, le preguntaron: "*Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?*" (**Hechos 1:6**). ¡Pensemos en esto! Habían pasado tres años enteros viviendo día y noche con Jesús. Habían visto todos sus milagros con sus propios ojos. Habían escuchado cada una de sus enseñanzas sobre el Reino de los Cielos. Habían sido testigos directos de la resurrección de entre los muertos. Y aun así, con toda esa evidencia frente a ellos, el primer pensamiento que surgió en sus mentes fue: *¿ahora sí vas a sacar tu espada y vas a liberar a Israel de Roma?*

¿Y qué pasó después de la multiplicación de los panes? Leemos que: "Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo." (Juan 6:15). La misma multitud impresionada que lo había visto multiplicar milagrosamente la comida quiso tomarlo literalmente por la fuerza para coronarlo allí mismo. Porque eso era exactamente, y nada más que eso, lo que ellos esperaban del Mesías: *que usara su inmenso poder para darles pan físico y establecer un dominio terrenal.*

2.3 Palmas para un Rey desconocido

Hagamos juntos el ejercicio de trasladarnos en nuestra imaginación a esa mañana de primavera. El camino escarpado que baja desde el Monte de los Olivos hacia la imponente Puerta Oriental de Jerusalén está absolutamente atestado de peregrinos. Han venido a la Pascua desde todos los rincones del mundo entonces conocido. La temperatura es fresca y agradable, el sol brilla sobre las colinas de Judea, y un rumor eléctrico viaja rápidamente entre la multitud: *Aquel hombre increíble que acaba de resucitar a Lázaro viene hacia la ciudad.*

No hace falta ningún aviso formal ni trompetas oficiales. La noticia vuela de boca en boca. La gente, movida por una mezcla de fe y fanatismo político, empieza a arrancar frenéticamente ramas de palmera. Y esto no es un detalle menor: las palmas eran el símbolo histórico, desde los tiempos de la revuelta de los Macabeos, de la

independencia nacional judía. Las agitan en el aire al ritmo de aclamaciones ensordecedoras. Los que caminan más adelante se quitan sus mantos y los extienden directamente sobre el camino de tierra, un honor reservado exclusivamente para la realeza.

En cuestión de pocos minutos, tienes a miles y miles de personas gritando a todo pulmón "*Hosanna*", "*Bendito el que viene en nombre del Señor*", y "*Bendito el reino de nuestro padre David*".

Y justo en el epicentro de todo ese tumulto apasionado y exigente, Jesús avanza lentamente. Viene montado no sobre un imponente caballo de guerra, sino sobre el pollino de un asno. Viene sin ninguna espada en su cinto. Viene sin un solo soldado escoltándolo. Viene con los ojos profundamente húmedos y llenos de lágrimas.

Él no lloraba por lástima hacia la multitud. Él lloraba por lo que esa multitud no sabía y no podía ver. Como nos dice la Escritura: "*por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.*" (**Lucas 19:44**). El Rey tan esperado finalmente vino a ellos. El Cordero perfecto llegó por fin a Su altar. La Pascua definitiva, la que cambiaría el destino de la humanidad, estaba a punto de cumplirse frente a sus narices. Y aquella ciudad que se desvivía recibéndolo con palmas y gritos, en realidad no tenía la más mínima idea de qué estaba ocurriendo verdaderamente ante sus ojos.

Había una profecía clave que todos conocían: "*No temas, hija de Sión; he aquí tu Rey viene, montado sobre un pollino de asna.*" (**Juan 12:15**). La multitud conocía Zacarías 9:9. Ellos mismos la citaban de memoria. Su cumplimiento estaba ocurriendo en tiempo real ante sus ojos asombrados. Pero había una palabra en esa profecía que absolutamente nadie en ese inmenso gentío quiso procesar: el rey vendría *justo y salvador*, sí, pero también **humilde**. Ese adjetivo lo cambiaba todo.

John MacArthur, en su análisis de este pasaje, lo expresa de una manera brillante. Él señala que: "*La entrada triunfal no fue un intento de presentarse como el tipo de mesías que el pueblo esperaba. Fue precisamente lo contrario: una declaración explícita de que el reino de Dios opera según categorías que el mundo no puede calcular ni anticipar*" (John MacArthur, *The MacArthur New Testament Commentary: Matthew 8-15*, Moody Press, 1987).

Incluso sus propios amigos íntimos estaban perdidos en esa celebración. Juan nos confiesa algo muy vulnerable: "*Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho*" (**Juan 12:16**). Vinieron todos a celebrar y aplaudir su propia expectativa egoísta. Y al hacerlo, sin darse cuenta, rechazaron al único Rey que podía darles la salvación eterna que desesperadamente necesitaban.

PUNTO III: EL PRÍNCIPE DE PAZ QUE PRODUCE CONFLICTO

3.1 La "espada" y la "disensión" de Jesús

¿Alguna vez notamos que las palabras más incómodas de Jesús son, con frecuencia, las más precisas? Lo que hace que la escena de la entrada triunfal sea tan teológicamente explosiva y perturbadora no es solamente que la inmensa

multitud estaba equivocada. Es que Jesús les había dicho con absoluta claridad que iban a estar equivocados. Y no lo dijo en voz baja, en un rincón apartado ni en privado con sus discípulos íntimos. Lo enseñó en público, ante audiencias numerosas, meses antes de ese sábado de aclamación.

Escuchemos con atención lo que Él ya había advertido: *"No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa."* (**Mateo 10:34-36**).

El evangelista Lucas registra el paralelo de esta misma enseñanza con una precisión que no nos deja ningún margen de maniobra para suavizar el mensaje: *"¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión."* (**Lucas 12:51**).

Necesitamos detenernos a entender dos palabras fundamentales en estos textos. Cuando Jesús habla de "espada" en Mateo, el término griego utilizado es *machaira*, que describe literalmente una espada corta o un cuchillo, pero que en este contexto figurado representa un instrumento de separación y de profunda división. Y cuando Lucas usa la palabra "disensión", emplea el término *diamerismos*, que significa literalmente "dividir en partes distintas".

Warren Wiersbe nos ayuda a comprender esto con enorme claridad. Él señala que: *"Jesús no estaba prometiendo conflicto por el conflicto mismo, sino describiendo la consecuencia inevitable del evangelio cuando opera en un mundo que rechaza su autoridad. La espada es la señal de que el evangelio fue tomado en serio"* (Warren W. Wiersbe, *Be Courageous: Take Heart from Christ's Example*, Victor Books, 1989, p. 101).

Entonces, la pregunta se vuelve completamente obligatoria para nosotros: *¿cómo pudo aquella multitud gritar pidiendo la paz política y terrenal que Él mismo había dicho que no traería?* La respuesta es trágica pero cierta: porque no lo escucharon, o lo escucharon pero decidieron no creerle, o peor aún, tomaron sus palabras y las reinterpretaron según su propia conveniencia.

3.2 Cuando los más cercanos tampoco entendían

Y antes de que sintamos la tentación de juzgar a aquella multitud ignorante, miremos a los discípulos. Los más cercanos a Él tampoco entendían nada de esto.

Hagamos el ejercicio de caminar con ellos en la escena más reveladora de esta ceguera. El sol está comenzando a caer sobre el camino polvoriento que lleva a la pequeña aldea de Emaús. Son unos once kilómetros desde Jerusalén, pero cada paso se siente como si pesara una tonelada. Dos hombres caminan arrastrando los pies. Sus rostros están marcados por noches sin dormir, por lágrimas derramadas en silencio, y sobre todo, por una desilusión tan profunda que les ha robado hasta las ganas de hablar. Hace apenas unos días, ellos estaban inmersos en esa multitud festiva agitando palmas. Hace apenas unos días, el pecho se les inflaba de orgullo

pensando: *"Por fin. Por fin se termina el dominio de Roma. Por fin nuestro Rey va a tomar el trono que le corresponde"*. Pero ahora... ahora todo eso está enterrado en una tumba prestada. De repente, un forastero se empareja con ellos en el camino. No lo reconocen. Sus ojos están tan nublados por el dolor y por sus propias expectativas rotas que no pueden ver que el Autor de la Vida está caminando a su lado. El forastero les pregunta de qué están discutiendo. Y entonces, uno de ellos, se detiene y deja salir todo el veneno de su desilusión. Le cuentan cómo entregaron a Jesús a muerte, la crucifixión y la oscuridad de ese miércoles. Y luego, pronuncian la frase que desnuda el problema central de toda esa generación: *"Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel"* (**Lucas 24:21**).

Escuchemos el eco de esa frase. *"Nosotros esperábamos"*. Ellos tenían el molde perfecto preparado. Habían visto los milagros y presenciado la resurrección, pero el esquema mental seguía siendo cien por ciento político. El problema no era la falta de información; el problema era que la información disponible no encajaba en el molde de lo que querían escuchar desesperadamente.

3.3 Dos clases de paz: La paz con Dios vs. la ausencia de conflicto externo

¿Cómo reconciamos entonces todo esto? ¿Cómo puede el "Príncipe de Paz" producir tanto conflicto? Necesitamos separar con mucho cuidado dos realidades que el lenguaje popular suele mezclar peligrosamente.

La primera es la paz con Dios. Como dice la Escritura: *"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo."* (**Romanos 5:1**). Esta es la paz fundamental, la que resuelve el conflicto más profundo y letal del universo: nuestra enemistad con el Padre a causa del pecado. Es una paz eterna y perfecta, que ninguna circunstancia externa puede quitarnos.

La segunda es la paz que el mundo busca: la simple ausencia de conflicto, la prosperidad material, la tranquilidad social. Esa clase de paz, Jesús jamás la prometió. Él fue tajante: *"La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da."* (**Juan 14:27**).

Las grandes tradiciones teológicas evangélicas convergen maravillosamente aquí. Desde la perspectiva reformada, entendemos que la espada es la consecuencia inevitable de la gracia que choca contra un mundo rebelde; la división no es buscada, es el rastro que deja la gracia al separar a los redimidos. Desde la visión evangélica clásica o arminiana, vemos que el evangelio exige una decisión ineludible: cuando en una familia unos aceptan a Cristo y otros lo rechazan, la espada de la división es el resultado directo de esa libertad humana. Y desde la perspectiva dispensacionalista, sabemos que la paz plena y absoluta se manifestará en el reino venidero, pero que hoy en la iglesia vivimos en un conflicto que fue anunciado y es normal.

Todas afirman lo mismo: **seguir a Cristo cuesta**. **Matthew Henry** lo expresa con una profundidad inmensa: *"la entrada de Cristo a Jerusalén fue al mismo tiempo el*

más visible reconocimiento de su realeza y el inicio más explícito de su camino al sacrificio. Ambas cosas eran inseparables: no pudo ser coronado sin ser crucificado" (Matthew Henry, Comentario Bíblico de Matthew Henry, Editorial Clie, 1999, p. 1245). Si Jesús les hubiera dado la victoria militar sobre Roma, seguiríamos sin tener acceso al Padre. Por eso damos gracias, porque verdaderamente **no vino a darnos lo que queríamos, sino lo que necesitábamos**.

PUNTO IV: EL PELIGRO DE APLAUDIR AL REY EQUIVOCADO

4.1 La tentación de construir un Jesús a nuestra medida

¿Cuántas veces hemos pedido al Señor que haga exactamente lo que queremos, y cuando no lo ha hecho de esa manera, hemos dudado de Su fidelidad? La multitud del Domingo de Palmas no fue un fenómeno aislado del primer siglo. Es el fenómeno más constante de toda la historia humana: nuestra tendencia carnal a construir una imagen de Jesús que confirme nuestras expectativas, en lugar de ajustar nuestro corazón a Su propio testimonio.

Pensemos en dos personas en una misma iglesia. Ambas llevan años en la fe, ambas oran, sirven y leen la Biblia. Y ambas atraviesan el mismo año difícil: un diagnóstico de enfermedad en la familia, un trabajo incierto, hijos que se alejan.

La primera persona llegó al Señor buscando una solución rápida a todos sus problemas. Y los problemas se resolvieron, al menos al principio. Pero cuando vinieron las crisis que no se resolvieron como ella pedía, empezó a alejarse de la iglesia en silencio. No dejó de creer en Jesús. Dejó de creer en ese Jesús que ella misma había construido: *el que arregla todo, el que siempre da el desenlace que pedimos, el que funciona como una póliza de seguro espiritual para que no nos pase nada malo*. Cuando ese Jesús a medida no apareció, se quedó sin referencia. Porque el Jesús real —el que llora sobre las ciudades y que va camino a una cruz— no encajaba en el molde que ella había fabricado.

La segunda persona también llegó buscando a Dios, y lo encontró. No siempre en los términos que ella esperaba. La enfermedad llegó igual, las crisis golpearon igual. Pero cada vez que eso ocurrió, encontró —no al Jesús que resuelve todo mágicamente— sino al Jesús que sostiene con firmeza dentro de la prueba. La paz que experimentó no era la ausencia de la tormenta. Era la certeza inquebrantable de que, aun en la peor tormenta, alguien la tenía agarrada fuertemente en Sus manos. Ese Jesús sí encajaba en su vida, porque era el Jesús de la Biblia.

Las dos personas tenían el mismo texto bíblico disponible, pero la diferencia no estaba en el acceso a la Escritura. Estaba en a quién se habían acercado: *¿al Jesús de sus expectativas, o al Jesús real de las Escrituras?*

William MacDonald, en su obra "Comentario Bíblico del Creyente", señala algo que debería confrontarnos con amor: *"cuando el Señor no actúa según nuestras expectativas, la pregunta no es si falló en Su compromiso, sino si nuestras*

expectativas estaban fundadas en Su Palabra o en nuestros propios deseos" (William MacDonald, Comentario Bíblico del Creyente, Editorial Clie, 2004, p. 1305).

4.2 Tres principios para el "lunes siguiente"

¿Cómo vivimos todo esto cuando suene el despertador mañana por la mañana? Veamos tres implicaciones prácticas.

Primero: necesitamos aceptar que seguir al Jesús real puede producir fricción en algunas relaciones. Eso no es un fracaso de nuestra fe; es la "espada" que Él mismo describió. La tensión es inevitable cuando vivimos los valores del Reino. **En las relaciones:** Esa amiga o familiar que siempre te hace sentir menos por tus convicciones de fe. En lugar de responderle con sarcasmo o alejarte ofendida, esta semana simplemente mírale a los ojos y di: *"No estoy de acuerdo con lo que piensas, pero te respeto y valoro nuestra amistad"*.

Segundo: necesitamos distinguir claramente entre tribulación externa y abandono divino. Jesús lo prometió en **Juan 16:33**: *"En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo"*. No prometió que no habría aflicción; prometió que en medio de ella habría una paz que el mundo no puede dar ni quitar. La tribulación no es señal de que Dios se olvidó de nosotros. Es el contexto exacto donde Su presencia se vuelve más concreta. **En el trabajo:** Tu jefe te critica injustamente delante de otros compañeros. En vez de defenderte agresivamente llevado por el orgullo, respira hondo y di: *"Entiendo tu preocupación por los resultados. ¿Podemos hablar después en privado para solucionarlo?"*.

Tercero: necesitamos leer Sus palabras antes de construir nuestra imagen de Él. La multitud del primer siglo tenía las profecías y las citaba, pero las leía en función de lo que quería ver, no de lo que realmente decían. Nosotros tenemos la Escritura completa, tenemos esa ventaja inmensa. **En la familia:** Tu adolescente te grita. Resiste el impulso carnal de gritar más fuerte para defender tu "autoridad". Espera que la marea baje, que se calme, y luego acércate y di: *"Estoy aquí cuando quieras hablar. Te amo y nada va a cambiar eso"*.

4.3 La paz que el lunes no puede quitarnos

La maravilla del evangelio se resume en un texto que muchos conocemos, pero que necesitamos vivir: *"Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús"* (**Filipenses 4:7**).

Prestemos mucha atención a los detalles: no dice que la paz vendrá cuando los problemas se resuelvan. Dice que la paz guarda el corazón *mientras* los problemas todavía existen. Es una paz activa, presente, completamente operativa en el mismo momento de la crisis. Y su característica definitoria es que *"sobrepasa todo entendimiento"*: no se puede explicar, no se puede fabricar con nuestro propio esfuerzo mental, y no depende en absoluto de que las circunstancias mejoren.

Esa es la paz por la que murió el Rey que entró a Jerusalén entre palmas. Él no murió para librarnos de las dificultades del día a día, ni para darnos comodidad financiera o política. Murió para librarnos del conflicto más antiguo y letal del universo: *nuestra enemistad y separación de Dios*. Y esa liberación es eterna, perfecta e irreversible.

La multitud le pidió la paz del mundo. Le pidió al Rey que los librara de la opresión de Roma. Pero el Rey murió para liberarlos de algo infinitamente más poderoso que el imperio romano. Jesús les ofreció la paz de Dios, y derramó Su sangre para hacerla posible.

Padre, gracias porque nos has dado acceso al panorama completo. Gracias porque Tu Espíritu nos permite ver lo que aquella multitud no podía ver: *que el Rey que entró entre palmas iba directo a la cruz, y que esa cruz fue el acto de paz más poderoso de toda la historia*. Te pedimos que jamás nos conformemos con el Jesús de nuestras propias expectativas, cuando tenemos el privilegio de conocer al Jesús real de las Escrituras. Que cuando las cosas no salgan como queremos, recordemos que la verdadera paz no depende de nuestras circunstancias, sino de Tu rotunda victoria. Haznos guardianes de esta verdad, para que nunca aplaudamos a un rey imaginado mientras Tú caminas entre nosotros. Todo esto te lo pedimos en el nombre del Rey que lloró sobre la ciudad. Amén.

No vino a darnos lo que queríamos, sino lo que necesitábamos.

"Si esta enseñanza bendijo tu vida, recuerda que no estás solo. Somos el Ministerio Palabras de Vida y estamos aquí para acompañarte.

[Pica aquí](#) y descubre cómo podemos servirte gratuitamente."

ACERCA DE PALABRAS DE VIDA

“Nuestro ministerio no termina en las pantallas”

Somos Daniela y Daniel Liandro, y desde el 4 de julio del año 2000, Dios nos confió el **Ministerio Internacional Palabras de Vida** con un propósito innegociable: *proclamar la Palabra de Dios a las naciones y servir al Cuerpo de Cristo con integridad*. No somos traficantes de la gracia; compartimos libremente lo que por gracia hemos recibido (2 Corintios 2:17).

Nuestra fe se sostiene sobre una convicción absoluta: *la Biblia es nuestra única regla de fe y conducta, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo* (Efesios 2:20).

¿Qué ofrecemos a la Iglesia de forma totalmente gratuita? Entendemos que la Iglesia actual enfrenta crisis profundas. Por ello, ponemos a tu disposición nuestro servicio:

- **Asesoramiento Doctrinal y Acompañamiento Espiritual:** Ayudamos a ministerios, pastores y congregaciones que enfrentan desafíos, transiciones o que desean afirmarse en una enseñanza bíblica sólida.
- **Capacitación y Visitas Presenciales:** Enseñamos la Palabra y capacitamos líderes. Si deseas crecer en la fe o recibir una visita en tu iglesia local, estamos dispuestos a cruzar las puertas para servirte.
- **Estudios Bíblicos y Devocionales:** A través de nuestras prédicas, Seminarios y estudios bíblicos, llegamos a hermanos en los más variados países con reflexiones, testimonios y EBA's para nutrir el alma diariamente.

Si alguna vez sientes que el llamado de Dios también te incluye, ya sea para recibir oración, buscar consuelo, o simplemente porque necesitas caminar junto a alguien un tramo más de tu ministerio, sabe que esta casa es tuya. No por derecho humano, sino por Gracia Divina.

Visítanos, escríbenos o contáctanos en los canales que ves abajo.

Que la paz y la abundancia que encontramos en Jesús llenen tu vida.

“En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia”
(Proverbios 17:17).

Con amor fraternal en Cristo, **Daniela y Daniel Liandro**
Directores del Ministerio Palabras de Vida.



REFLEXIONA CON DIOS

